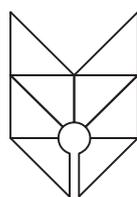


Fernando Plata

Himnos a los altos

Prólogo de José Luis Rey



FUNDACIÓN
**JOSÉ
MANUEL
LARA**

Vandalia

Vandalia, 116

Director de colección: Jacobo Cortines

Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: octubre, 2024

© José Luis Rey, 2024

© Fundación José Manuel Lara, 2024

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño e ilustraciones: Estudio Manuel Ortiz

Maquetación: Manuel Rosal

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 2175-2024

ISBN: 978-84-19132-46-8

Printed in Spain-Impreso en España

PRÓLOGO

Fernando Plata, gallego de Pontevedra, donde nació el 3 de abril de 1999, es farmacéutico de oficio por tradición familiar. Coincide en ello con su admirado poeta expresionista Georg Trakl. Persona apacible y poeta rotundo y delicado a un tiempo es este Fernando cuyo apellido ya indica cierta voluntad alquímica. Pues él concibe la poesía como transfiguración del sujeto o el objeto, pero desde la pura vigilancia de la conciencia. Y lo que más le importa es reflejar el *encanto* de la vida y del mundo. En efecto, estos poemas están llenos de encanto, pero también de fuerza y de fe. De fuerza en la dicción hímica y de fe en esas criaturas del mundo órfico, *los altos* a los cuales dirige sus himnos.

Poeta de honda imaginación, escribe una poesía visionaria, sometiendo a sus imágenes a una idea rectora, de tal modo que el sentido preside la expresión. Nada de irracionalismo aquí. Al contrario, sus *ideas de orden* proceden de Wallace Stevens, poeta de la imagen no surrealista, pero sí fantasiosa y plena. A Stevens y a Jorge Guillén los celebra como maestros. Tampoco debemos soslayar su amor y su necesidad de la música, como en todo buen poeta, valor musical digno de ser destacado, máxime en un debutante.

Fernando Plata ha escrito sus *Himnos a los altos* y este libro ha sido una revelación para mí. Espero que también lo sea para el lector. Fernando vino a mi Córdoba hablándome y tratándome de usted. Por supuesto, tras tomar algo en una terraza cercana al Alcázar de los Reyes Cristianos, mientras la tarde líquida y violeta de primavera iba resbalando por las torres de la ciudad, nos tuteamos pronto. Hablamos de nuestra común admiración por la poesía de los grandes. De mi poesía me dijo poco, y lo agradecí. En cambio, yo sí le dije mucho de la suya: que era ambiciosa y a la vez humilde; que queda ya, con este libro, confirmada su pertenencia a la primera línea de su generación.

No me cuesta elogiar lo que merece ser elogiado: ya decía Cernuda que la obra hecha con amor merece la atención ajena. También es verdad que mostré cierto rechazo a su visión casi monacal de la poesía, pero esto la misma poesía será la encargada de corregirlo. Este poeta gallego nos entrega ahora su primer libro. Un libro de himnos para el siglo XXI, porque nuestro siglo, como ya se nos avisó, será espiritual o no será. Fernando Plata escribe una honda poesía espiritual y nos la entrega como quien ha seguido de cerca al sol hasta la caída de Faetón, para volver a alzarse en brazos de los altos, los seres mágicos y órficos en los cuales la poesía se ha cumplido en plenitud. Y esa plenitud es garantía de salvación.

Pues bien: aquí está este primer libro y aquí está Fernando Plata, el muchacho vigía de la Costa da Morte que es toda poesía situada en el límite entre canto y eternidad. Fernando Plata nos regala, con su primera obra, una verdadera aventura del espíritu.

José Luis Rey
Córdoba, primavera de 2024

A Jorge, siempre alto



LEDA

Oh cuerpos ofrecidos
al Cisne cuyo pico va rasgando la seda.
En la infancia más pobre de la tierra,
en las mujeres cuya belleza queda oculta
por empobrecimiento y por cansancio,
en el sueño de todos los que sufren
aparece este Cisne, la radiante
visión de los que amamos
la vida
a pesar de la vida.
Una interrogación que se desliza
y canta a punto de morir, no antes.
Y canta
a punto de morir, como también
yo canto a punto de vivir de nuevo
la mañana de invierno en que los Cisnes
se acoplan a las nubes y estas quedan
embarazadas de terribles seres:
los altos, los que sí conocerán
nacer en una atmósfera negada
a nuestro pobre ser.
Sí, vosotros,
nacidos de las nubes,
hijos de cisnes, contemplad a hijos
de ratones. Porque es el mismo Cisne
nuestro padre.
¡Vosotros!
¡Vosotros, sí, los altos!
Sed generosos, porque el Cisne es padre
de una estirpe divina y de la prole
de los vivos aún.

Y al pie de los volcanes tantos somos
los que cantamos las declinaciones
de nuestra eternidad... Oigo los pájaros
que velan en las puertas verdecidas,
oigo los cotilleos de los altos
donde no falta amor, donde hay sonrisas
en los rayos que vienen a bañarnos
y tan blancos nos dejan que pensáis
que vívidos hermanos somos vuestros.
Pues protegednos.
Las muchachas comieron esmeraldas.
Los niños tropezaron con el oro
del poniente. ¡Los muertos
aún están en la escuela
aprendiendo a leer!
¡Leer vuestras leyendas!
¡Solo vosotros, altos, sois tan libres!
Y fue aquí, con el barro de la infancia
con lo que fuisteis modelados puros.
Su momento de agua espera el Cisne,
su momento de bosque.
Y si yo echo a andar y si yo ahora
echo a andar y me olvido
de cisnes y mareas,
¿qué me podría dar el que anduvo en las aguas?
Al desplegar las alas
el Cisne
nos concede misión: trocar el aleteo
por un nombre en la lista de los altos.
Pues lo que tanto amamos en la tierra
será mañana hazaña del cantar.
Los hombres no os conocen, pero yo
os he rozado el pie, os he rozado

el dobladillo que se deshilacha,
algún hilo de alguna camisa gigantesca.
Pues nunca habrá valor en lo divino
si nosotros no lo
rozamos y ahora a punto,
a punto de cantar está ya el Cisne.
Oh canción de los altos.
¡Oh canción de los altos caballeros!
Así es morir, pero los altos viven
para siempre, ¿verdad?
Verdad, verdad, los altos
ahí viven, ahí, tan lejos y tan cerca.
Acaso dentro de nosotros viven,
igual que los franceses
en el sueño de Francia.